

# LA ORGANIZACIÓN DEL SÍ MISMO: DE LA DERIVACIÓN PSICOPATOLÓGICA DE GUIDANO AL SIGNIFICADO ADAPTATIVO DE CONSTRUCCIÓN DE LA RECIPROCIDAD

Bernardo Nardi

Departamento de Psiquiatría y de Psicología Clínica de la Universidad Politécnica de Le Marche

*Following Guidano's contributes, in latest years I have investigated adaptive physiological values of Personal Meaning Organizations. In fact, reciprocity with the primary care-givers drives individual adaptive abilities toward construction of the more useful Personal Meaning Organization (PMO) with respect to the own developmental environment. Predictable and invariable care-givers behaviors allow inward focus and physical sight of reciprocity: when reciprocity is high, "controller" PMO grow up; when it is low, "detached" PMO grow up. The "controller" closure is focused on needs of protection/exploration; the "detached" closure is focused on needs of expressing in isolation contexts. Not predictable and variable care-givers behaviors allow outward focus and semantic sight of reciprocity: when reciprocity is high, "contextualized" PMO grow up; when it is low, "principles-oriented" PMO grow up. The "contextualized" closure reads the single changes of the relational environment; the "principles-oriented" closure is centered on the classification of antithetical aspects of reality. In psychotherapy, by focusing on the PMO it is possible to recognize and pull out adaptive individual resources, improving skills in controlling perturbing emotions and in finding new and more flexible behavior strategies.*

*Key words: Reciprocity, adaptive processes, Personal Meaning Organizations.*

---

## LA HERENCIA EPISTEMOLÓGICA Y CLÍNICA DE VITTORIO GUIDANO

El pensamiento y la labor clínica y didáctica de Vittorio Guidano siguen constituyendo, hoy en día, un desafío y una provocación. El desafío lo representan sus aspectos originales e innovadores, que llevan a una inevitable comparación entre una lectura de la psicología "desde otro punto de vista" y el reduccionismo de la búsqueda de aspectos descriptivos, de corte racionalista. La provocación, a su vez, la hallamos en la aparente marginalización de su figura, casi como si su

investigación acerca de los aspectos subjetivos de la experiencia humana se hubiese convertido en una derivación subjetiva de su enseñanza.

Por todo ello, antes de exponer el recorrido que, durante estos años, me ha llevado a desarrollar el concepto de organización del sí mismo en términos de reciprocidad adaptativa, apreciable, ante todo, por las condiciones fisiológicas y hasta incluso en la psicopatología, quisiera retomar algunos conceptos de Guidano que tuvieron una importancia fundamental no sólo para mí, que tuve la suerte de formarme con él, sino también, estoy convencido de ello, para todo el cognitivismo contemporáneo, aunque, aparentemente, no siempre se muestre consciente de ello. En mi formación científica y humana, su figura y sus palabras permanecen presentes, en un intercambio dialéctico de tramas narrativas, toda vez que me ocupo de psicología clínica y de psiquiatría, tanto en el ámbito teórico y especulativo, como en el psicoterapéutico.

Un primer aspecto de la obra de Guidano que me gusta subrayar es la *aplicación de los nuevos modelos proporcionados por las ciencias básicas a la psicología clínica y a la psicopatología psiquiátrica*. Guidano (1987, 2000) utilizó la centralidad y la importancia del observador en el conocimiento de la realidad, puesta en evidencia por la física cuántica –*no existe una realidad de la materia cognoscible objetivamente, sino sólo una realidad en cada momento, influenciada por la presencia y las observaciones del ser humano*– para reformular radicalmente el rol del clínico y del terapeuta. Si antes éste era definido como un depositario de verdades objetivamente dadas y de capacidades interpretativas por encima de las partes, ahora es visto como un explorador estratégicamente orientado, consciente de sus propias limitaciones y de la naturaleza inevitablemente objetiva y subjetiva de toda experiencia cognoscitiva humana. Si, por un lado, existe la realidad objetiva en sí misma, por el otro, no podemos prescindir de nuestro rol de observadores: en toda representación de la realidad estamos también nosotros. Por lo tanto, este filtro subjetivo y parcial se debe siempre considerar como un elemento objetivo ulterior de investigación científica (“postracionalismo”).

*“En consecuencia, las terapias tradicionales cognitivistas, desgraciadamente, han adquirido cada vez más el aspecto de verdaderos cursos pedagógicos. El terapeuta cognitivo racionalista explica, enseña, es un “teacher”. [...] Este hecho nos lleva a considerar un importante problema que atañe a la relación terapéutica: el problema de la objetividad. Hasta el momento, la mayor parte de los terapeutas se ha comportado como si ellos fueran los poseedores de la objetividad, si no de la absoluta, al menos de la que concernía al paciente. Es un problema muy relevante, porque si el terapeuta se siente como un poseedor de la objetividad, acaba siendo inevitablemente un persuasor, un pedagogo. Hay que decir, además, que es muy difícil para un terapeuta renunciar a ser garante y portador de la objetividad [...].”*

Un segundo aspecto, consecuencia del primero, se refiere al paradigma de la no causalidad de la evolución de los procesos psíquicos. En este ámbito, Guidano adopta unos elementos procedentes de la teoría de los sistemas y de la teoría de la evolución de las especies. La concepción del organismo como de un sistema complejo cerrado que se autoorganiza, cercana a la aproximación evolutiva no causal de Jaques Monod y a los conceptos de autopoiesis y de autorreferencialidad de Maturana y Varela, ha sido reformulada en términos de no causalidad de la evolución cognitiva. Hablar de organismo *autoorganizado* significa, pues, abandonar la relación causa-efecto incluso por lo que concierne los procesos mentales. El foco de la atención se desplaza al nivel anátomo-funcional de la estructura biológica (neuronal) y al del desarrollo dinámico de los procesos mentales que derivan de ello (aproximación de proceso).

*“En otras palabras, desde una óptica neoempirista aparece la visión de un organismo autoorganizado. Es decir, que mientras que anteriormente se hipotetizaba que el organismo fuese fundamentalmente pasivo con respecto al orden externo, y que su conocimiento no fuera otra cosa si no la copia de ese orden, desde esta nueva perspectiva el concepto de base es el de una “autoorganización”. De tal manera, que cualquier organismo, simple como el ameba o complejo como el ser humano, desde el momento en que tiene una estructura propia, la utiliza activamente para estructurar, y, luego, para mantener, su orden de conjunto, y en eso consiste su habilidad evolutiva. [...]”*

Un tercer aspecto guarda relación con la naturaleza *interactiva de la relación causa-efecto*. Se produce una interacción constante entre lo que existe en el universo, a nivel de las partículas; para la física cuántica dicha interacción no se puede describir de otra forma que como probabilidad. De manera análoga, para Guidano, el terapeuta, observador de la realidad –la del sujeto al que atiende– no puede que influenciarla, aunque inconscientemente, y, a su vez, ser influenciado por ella: ambos se comportan, pues, como dos sistemas que influyen uno en el otro y co-evolucionan. Él puso el énfasis en la importancia de las reacciones emocionales generadas por el paciente en el terapeuta. La transformación es el primer paso hacia la evolución, y, como tal, es también el motor del complejo y, a veces, doloroso, proceso de cambio a lo largo del trabajo terapéutico. Desde un abordaje operativo y de proyecto, Guidano tomó en cuenta la posibilidad de utilizar la activación emocional del terapeuta, resonando con el paciente, como instrumento para ampliar las posibilidades de intervención.

*“Si se abandona la idea de que el terapeuta es un observador privilegiado que desempeña una función de objetividad como tal, desde esta nueva perspectiva se convierte en una parte básica de la relación terapéutica, y, por ello, se puede decir que es transformado por la relación terapéutica más o menos como el paciente, él también presenta unas reacciones*

*emotivas que le permiten enfatizar un aspecto más que otro, y estas activaciones emocionales son para él informaciones sobre su manera de funcionar, y no sobre la del paciente. Quiero decir, que todo esto es el coste de abandonar la objetividad: es un coste que, desde mi punto de vista, añade carga al trabajo del terapeuta y aumenta su nivel de conciencia.”*

Un cuarto aspecto, que resume y que, de alguna manera, generaliza a los anteriores, se refiere al valor aplicativo de las investigaciones que, aparentemente, se mueven en una órbita especulativa y epistemológica. La teoría de los “cuantos” y los paradigmas relacionados con ella han abierto nuevos horizontes y, en consecuencia, han planteado problemas ulteriores y más complejos, tanto especulativos como aplicativos. Paradójicamente, aplicando estas contribuciones al funcionamiento mental, Guidano configuró un modelo que, a pesar de la complejidad, no sólo no genera un sentido de incognoscibilidad absoluta y de nihilismo, sino que, desde una posición críticamente relativista y subjetivista, es extremadamente eficaz incluso en términos objetivos: su propuesta no es un paradigma cognoscitivo del todo nuevo, sino un protocolo teórico-operativo innovador, con criterios diagnósticos y terapéuticos válidos y fiables.

*“Si se adopta una perspectiva no empirista, el punto esencial se convierte, en cambio, en comprender cómo nuestras características de observadores se integran con las que vamos observando, y todo esto conlleva un cambio radical del planteamiento seguido hasta el momento. No se trata tanto de describir lo que sentimos o los ingredientes que aparecen en la identidad individual, como de ponernos el problema del por qué sentimos lo que sentimos, o del por qué es necesario tener un sentido de sí mismo unitario y continuo para poder funcionar. En este sentido, el planteamiento metodológico básico debe ser necesariamente una perspectiva epistemológica evolutiva –es decir, el estudio de la evolución del conocimiento y de los sistemas cognoscitivos– dado que, al poner en evidencia cómo no podemos sustraernos a nuestro modo particular de ser animales, posibilita la reconstrucción de una manera humana de ordenar la experiencia”.*

En resumen, los aspectos fundamentales de la aproximación de Guidano, que han impulsado el paso de una concepción clásica de la psicoterapia cognitiva a una visión sistémica/de proceso y constructivista, se pueden hallar en los siguientes puntos: a) la importancia de considerar el sistema individuo en *su globalidad psicofísica* y en *su evolución temporal*; b) la estrecha conexión entre los aspectos emocionales y los conocimientos individuales; c) la substancial *constancia de la organización de significado personal*, a pesar de las transformaciones producidas a lo largo del ciclo vital, a partir de las características constitucionales y de los tonos emocionales que empiezan a definirse a través de la relación de apego; d) la necesidad de considerar lo que ocurre no como algo aislado, sino de ubicarlo en el

contexto del ciclo de vida del sujeto que lo experimenta, utilizando, en consecuencia, una *lectura evolutiva* y no estática, también de las descompensaciones psico-comportamentales; e) el *valor activo* y no pasivo *de los procesos de adaptación individual*; f) la *continuidad* entre las experiencias que un sujeto consigue integrar en el sentido de sí mismo –que, en consecuencia, resultan “normales”– y las discrepantes, que generan un malestar más o menos profundo, extenso y disgregador, en forma de cuadros patológicos varios, con diferentes potencialidades invalidantes y tendencias evolutivas; g) la constante búsqueda de un significado como característica fundamental de los sistemas cognoscitivos humanos (Nardi, 2000).

El modelo de funcionamiento mental propuesto enteramente por Guidano en su obra fundamental,

“*Complexity of the Self*”, editada en italiano en 1988 (“*La Complessità del Sé*”), nació de esta innovadora y original aplicación a la psicología clínica y a la psiquiatría de elementos procedentes de los progresos científico-tecnológicos básicos del siglo XX. En sus palabras (p. 9),

*“El presente trabajo forma parte de un proyecto de investigación, iniciado hace más de diez años, que se ha ido focalizando paulatinamente en la puesta a punto de un modelo científico para la terapia cognitiva. En efecto, en los numerosos años de investigación y de práctica clínica, se ha puesto de manifiesto que un modelo explicativo de la psicopatología es un requisito esencial para poder elaborar una estrategia de intervención psicoterapéutica que tenga pretensiones de fiabilidad científica”.*

Al cabo de cuatro años, Guidano concluyó su otra obra fundamental, “*The Self in Progress*” (1991), recordando el constante trabajo de autorreferencia al cual el terapeuta se somete en el curso de toda psicoterapia, y que constituye “la otra cara” de la relación terapéutica. De esta manera, Guidano dejó una guía de cómo desarrollar sus ideas y de hacia qué caminos orientar el acercamiento cognoscitivo a la complejidad y a la profundidad del pensamiento humano:

*“Son éstos los aspectos contrastantes y no resueltos que, en este punto de mi evolución personal como terapeuta, me permiten ver la interdependencia entre cambio y conciencia como una ‘interfaz’ crítica en la comprensión de la estructura de la experiencia humana; el estudio cuidadoso de esta interfaz podría revelarnos aspectos hoy en día imprevisibles, capaces de llevarnos a un nivel de teorización ontológica en comparación con los cuales lo que hemos intentado exponer en este libro podría parecer descontado y banal. Es lo que deseo pueda ocurrir en el curso de los próximos años”.*

De este patrimonio cultural, pues, he partido en búsqueda de una concepción evolutiva y unitaria de la personalidad que tuviera en cuenta tanto la invariabilidad de los cierres organizacionales básicos como la unicidad de los recorridos individuales, fruto de las innumerables posibilidades de apertura estructural en el ciclo

vital, aprehendiendo, en primer lugar, las potencialidades fisiológicas y, luego, su significado adaptativo en la construcción de la reciprocidad.

## **DEL MODELO GUIDANIANO DEL SI MISMO DERIVADO DE LA PSICOPATOLOGIA A OTRO FISIOLÓGICO Y ADAPTATIVO DE CONSTRUCCION DE LA RECIPROCIDAD**

Desarrollando modelos explicativos relacionados con el funcionamiento mental normal o patológico, en primer lugar se ponen de manifiesto unos aspectos invariables, que hacen referencia a la substancial estabilidad y constancia en el tiempo de las modalidades básicas de mantenimiento de la coherencia interna. A pesar de las transformaciones y de los cambios que atraviesa durante el ciclo vital, gracias a estas modalidades, todo individuo mantiene su sentido de unicidad personal y de continuidad histórica, que definen su identidad. Como es sabido, Vittorio Guidano (1987) les dio el nombre de “organizaciones de significado personal” u OSP (“*Personal Meaning Organizations*”, PMO).

Procediendo con un abordaje similar al que llevó a los neuropatólogos a estudiar el funcionamiento cerebral y la localización de las funciones psíquicas a partir de las patologías neurológicas focales y, especialmente, a través de las crisis epilépticas parciales, Vittorio Guidano partió de la psicopatología para identificar aquellas modalidades invariables en la construcción de la personalidad que definió como organizaciones.

En efecto, como también testifican las denominaciones atribuidas por Guidano a las diferentes organizaciones, relacionadas con las modalidades de descompensación más típicas para cada una de ellas, se basó en la psicopatología observada en la práctica clínica para recabar las características peculiares y, en consecuencia, también la “normalidad”, de cada OSP: “tipo fóbico” (FOB); “tipo depresivo” (DEP); “tipo ‘desordenes alimentarios psicógenos’ (DAP); “tipo obsesivo” (OSS).

A partir del patrimonio dejado por Guidano, durante estos años he orientado mi investigación hacia el estudio del significado adaptativo sobre el que se funda una organización, verificando, eventualmente, sus correlatos biológicos. En otras palabras, he buscado la respuesta a algunas cuestiones de fondo, tanto de orden epistemológico, como clínico y aplicativo: ¿Cómo se pueden identificar las modalidades fundamentales de organizar la personalidad, de las cuales surge la identidad individual? ¿Qué capacidades adaptativas expresan y cómo se seleccionan? En la vertiente psicopatológica, ¿qué tipo de comprensión de los trastornos mentales nos consiente el conocimiento de las organizaciones de significado personal de las cuales éstos representan una descompensación? ¿Los síntomas clínicos expresan capacidades adaptativas sobre las cuales apoyarnos en psicoterapia? (Nardi, 2007). He intentado, pues, focalizar en cómo maduración cerebral y organización mental del sí mismo gravitan alrededor de algunas modalidades



básicas de percibir la relación de reciprocidad. Desde este marco de investigación he tomado en consideración las contribuciones etológicas y antropológicas sobre la relación entre adaptación e identidad, típica en los humanos. Es la capacidad de adaptación que, por medio de la aparición y de la difusión del homo sapiens, o del desarrollo de cada individuo, impulsa y consolida las diferentes organizaciones, que permiten al individuo atribuirse un sentido de unicidad y de continuidad en el tiempo. He introducido una nueva terminología en clave “fisiológica” para referirme a éstas, que evidencia sus potenciales o sus recursos: *organizaciones “controladoras”* y no “fóbicas”, *organizaciones “desapegadas”* y no “depresivas”, *organizaciones “contextualizadas”* y no “tipo desorden alimentario psicógeno”, *organizaciones “normativas”* y no “obsesivas”.

Es evidente que la unitariedad, por un lado, y la complejidad, por el otro, del conjunto de las características psíquicas y comportamentales que connotan cada organización personal hacen que sea poco practicable cualquier ecuación simplista y mecánica entre tonos emocionales sencillos y personalidad o entre tipos específicos de apego —que, además, pueden variar en el tiempo— y personalidad. Al contrario, parece más operativo un modelo centrado en el estudio de la selección de determinados procesos ideo-afectivos de construcción del significado personal, como respuesta a presiones ambientales específicas. Esto significa que, de entre las competencias requeridas por las necesidades de supervivencia en un ambiente determinado, se seleccionan y se definen los patrones personales que resultan capaces de identificar soluciones ventajosas y expresar comportamientos adecuados a la realidad percibida.

## **MODALIDADES “INWARD” Y “OUTWARD” DE CONSTRUCCION DE LA RECIPROCIDAD**

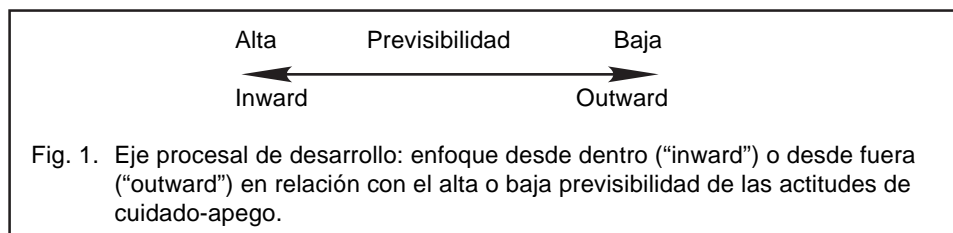
Como es sabido, desde hace varias decenas de años, siempre más contribuciones experimentales señalan la importancia de la percepción de la figura de cuidado dentro de los procesos de apego, por medio de los cuales el niño emite señales y conductas por los que busca y mantiene el máximo nivel de proximidad y de cuidados percibidos posibles. (Bowlby, 1969; Ainsworth, 1985; Crittenden, 1994; Rezzonico y Lambruschi, 1996). Los comportamientos exhibidos, inicialmente de base esencialmente genética y constitucional, se modulan en consecuencia a las respuestas de la figura de referencia, siendo intensificados o aflojados. De esta manera, se empieza a construir la relación de reciprocidad, con una influencia recíproca entre la figura parental de cuidado-apego (“*care-giver*”) y el niño que busca los cuidados. Se trata, pues, de una interacción subjetiva y única: la reactividad y las modalidades con que el niño emite sus llamadas y demandas de cuidados influyen en las respuestas de la figura de cuidado-apego, del mismo modo que, por otro lado, las actitudes —sobre todo emocionales— de ésta orientan los comportamientos sucesivos del niño, que aprende a seleccionar y a privilegiar

aquellas modalidades de expresión emocional o cognitiva, más o menos intensas, que le permiten el máximo de la proximidad y de la reciprocidad posible.

Ya desde el periodo fetal, las señales del niño orientan el comportamiento de la madre, quien, dentro de la gama de modalidades consentidas por su organización, se activa de manera de algún modo única, frente a la resonancia percibida a partir de esas señales. Una figura de cuidado-apego nunca es, entonces, “idéntica” hacia hijos diferentes, incluso aunque fueran gemelos, a pesar de que sus modalidades comportamentales básicas sean las mismas: para utilizar una metáfora, pianistas diferentes que ejecuten un “Nocturno” de Chopin con el mismo piano no producen el mismo efecto, aunque es evidente que se trata de la misma melodía y que los sonidos emitidos por ese piano son, asimismo, muy reconocibles.

Profundizando en el estudio de los procesos de apego, a pesar de que, como se ha dicho, tienen características subjetivas de unicidad, se puede observar que existen modos recurrentes de madurar, seleccionando en consecuencia las estrategias adaptativas que mejor permiten la obtención de cuidados. Hace falta, además, considerar que, al no tener un sistema cognitivo de referencia, el niño utiliza las señales que percibe por el que le cuida no sólo para activarse emocionalmente, sino también para empezar a construir las primeras representaciones de sí mismo y del mundo: quién es, cuánto es querido y vale, qué puede esperar del mundo externo.

En especial, bastante precozmente empiezan a configurarse dos maneras diferentes de percibir la reciprocidad. Estos estilos se organizan a lo largo de un *eje primario de proceso*, relativo a la mayor o menor previsibilidad de las actitudes de la figura de referencia para el niño que busca el cuidado-apego (Fig. 1).



Según Guidano (1987), el desarrollo individual, en cuyo seno se define el perfil de la identidad, se produce a través de un “enfoque por contraste” entre el flujo de la experiencia, irreductiblemente multiforme y variable, y los esquemas emocionales memorizados, procedentes del conjunto de las experiencias percibidas y ordenadas anteriormente; de esta manera, se generan imágenes prototípicas, activaciones emocionales y esquemas cognitivos correlacionados con éstas. En consecuencia, sobre la base del nivel de consonancia o disonancia que resulta de este enfoque, se mantiene la coherencia interna que pone las bases para el sentido de unicidad personal y de continuidad histórica del individuo. En este proceso, adquiere un valor fundamental la capacidad de distinguir y ordenar dos aspectos



básicos de la experiencia: la percepción de sí mismo que construye el sentido interno y la del ambiente físico y relacional, que proporciona el sentido externo. Ambas percepciones tienen un valor adaptativo, pero el prevalecer de una por encima de la otra varía de individuo a individuo a lo largo del eje descrito más arriba. El resultado del equilibrio entre la tendencia hacia lo interno –utilizar las semejanzas percibidas entre el sentido de sí mismo y las características de las figuras significativas– y la tendencia hacia lo externo –utilizar las semejanzas percibidas con las figuras significativas para recabar aspectos de uno mismo– condiciona, pues, las modalidades básicas de formación y mantenimiento de la identidad. En particular, según Guidano (1999) y Arciero (2003), la previsibilidad del cuidador y la estabilidad del contexto externo, tal como las percibe subjetivamente el niño, orientan hacia una lectura interna (“inward”), mientras que la imprevisibilidad del cuidador y la variabilidad del contexto externo orientan hacia una lectura externa (“outward”). Por lo tanto, en algunos sujetos, surge gradualmente la tendencia a centrar la atención en el mundo interno y a leer el contexto externo a partir de ello (por ejemplo, siento miedo, entonces hay peligro); en otros sujetos, en cambio, la atención se focaliza precozmente sobre todo en el ambiente externo, y se lee el mundo interno sobre la base de percepciones extraídas del contexto (por ejemplo, me dicen que esto es bueno, entonces, me gusta).

Cuando se percibe la figura de cuidado-apego como fundamentalmente estable y, en consecuencia, como previsible, en contextos y situaciones cotidianas similares que se repiten, como el llanto, el hambre, el sueño y la gestualidad, la descodificación precoz de la experiencia se ve facilitada. La repetitividad y la similitud de las respuestas procedentes del entorno delimitan y simplifican las señales que hace falta aprender, impulsan su reconocimiento y, a la vez, permiten que el niño también las utilice. En especial, se identifican precozmente aquellas activaciones subjetivas que se denominan emociones básicas, a saber, rabia, miedo, tristeza, alegría y, en parte, asco; éstas son universales y las pueden descodificar sujetos en edad infantil de cualquier contexto sociocultural y geográfico (Guidano, 1987, 1991; Ekman, 2003; Arciero, 2006).

El reconocimiento de estas activaciones, que se repiten en las mismas circunstancias, permite tanto la previsión de la respuesta de cuidado y su disponibilidad a responder a nuestras necesidades, como la formación, a través de estas situaciones prototípicas, de una serie de “*escenas nucleares*” que empiezan a poner las bases para la construcción de un proto-sentido de sí mismo. Como se ha evidenciado en muchos estudios (Tomkins, 1978; Abelson, 1981), la conciencia surge de estas “islas” de experiencia que, progresivamente, se fusionan, definiendo y dando curso al sentido de sí mismo; se genera, en consecuencia, esa especie de “*película en el cerebro*” (“*movie in the brain*”, Damasio, 2000) que, como dice Guidano (1987, 1991), puede ser objeto de un “lectura en la moviola” en el curso de la psicoterapia, para reconstruir la experiencia inmediata de los episodios

discrepantes significativos. La constancia y la previsibilidad de las actitudes y de las expresiones emocionales del cuidador facilita, pues, una descodificación precoz de las propias activaciones análogas. El sujeto empieza a percibir en cuáles contextos y en cuáles situaciones puede sentirse tranquilo o en peligro, gratificado o frustrado, protegido o abandonado y, en base a estos estados internos, “lee” lo que ocurre en el entorno que le rodea (*enfoque desde dentro: “inward”*).

En contextos en los cuales los comportamientos de la base de referencia se perciben como más complejos, más variables en relación con las situaciones y, en definitiva, menos previsibles, las activaciones emocionales del exterior también aparecen definidas de manera menos constante y, por ello, descodificables de manera menos clara; el niño necesita almacenar más datos y actualizarlos constantemente para construir escenas nucleares que también son objeto de ser reguladas y redefinidas, a medida que cambian las percepciones que les conciernen. Las activaciones emocionales también son diferentes, dado que tienden a estar caracterizadas por un componente perceptivo-cognitivo que llega a formar parte de ellas: el repertorio emocional está menos caracterizado por emociones básicas y más por emociones reflexivas y autoevaluadoras, en las cuales la comparación perceptiva con el ambiente es constante: el miedo a equivocarse o a hacer algo sin tener ganas, la tristeza cuando se ha cometido una equivocación, la alegría por recibir un refuerzo por parte del cuidador si se ha hecho algo bien. En tales contextos, pues, el sentido de sí mismo se desarrolla a partir de una marcada atención hacia el exterior, que guía y orienta el reconocimiento de las activaciones internas y la percepción de uno mismo (*enfoque desde fuera o “outward”*).

Es evidente que las polaridades “inward” y “outward” se pueden ubicar en las extremidades de una directriz esencial de proceso del desarrollo, por lo que pueden aparecer más o menos marcadas y evidentes según los sujetos. En bastantes casos, en efecto, se observan situaciones intermedias, aunque, de todas formas, una de las dos prevalece sobre la otra, que se manifiesta por medio de aspectos y actitudes secundarias y subordinadas.

La relación de reciprocidad que se despliega al interno del eje de proceso referido a la mayor o menor previsibilidad del ambiente, empieza, pues, a orientar y a impulsar la construcción del significado personal, según si prevalecen modalidades de tipo “inward” o “outward”. Durante el proceso de búsqueda de la mejor adaptación posible, resultado de las respuestas obtenidas a las señales y a los comportamientos de llamada emitidos, el niño empieza, de hecho, a definir y a estabilizar el enfoque que le permite descodificar mejor el entorno en que se desarrolla, estableciendo una relación de reciprocidad con ello y orientándose sobre la base de las activaciones experimentadas y de la información correlacionada. Ya no existe, en efecto, una primacía adaptativa de una modalidad sobre la otra, sino que ambas proporcionan una descodificación de sí mismo y del mundo, seleccionada en función de las características del entorno y de las demandas percibidas: un

enfoque “inward” resulta adecuado cuando el mundo externo, con sus cambios, es sustancialmente constante y previsible, lo que significa, también decodificable, a partir de unos parámetros fundamentales; un enfoque “outward” se revela mejor cuando las características del mundo en que se madura son más matizadas o ambiguas, más variables e imprevisibles, y, por ello, requieren la asimilación de un mayor número de parámetros. Las expresiones emocionales confirman este aspecto: las activaciones “inward” no requieren componentes cognitivos precoces, que se utilizan luego progresivamente para explicar y justificar lo que se experimenta, por ejemplo, por qué se siente tranquilidad, miedo o tristeza; en las activaciones “outward”, el componente cognitivo de autoevaluación acaba formando parte de la misma emoción, por ejemplo, para experimentar satisfacción, vergüenza o culpa es necesaria una evaluación precedente del propio comportamiento. Por otro lado, resulta evidente que esta distinción, manifiesta en las organizaciones marcadamente “inward” o “outward”, no se refiere—excepto para la modulación— a las activaciones que se verifican en situaciones de emergencia vinculadas con la supervivencia, en las cuales los programas comportamentales con base genética prevalecen sobre los esquemas emocionales aprendidos.

La importancia de los enfoques desde fuera o desde dentro como parámetro de base del desarrollo de organizaciones específicas para expresar la personalidad está respaldado por el hecho de que a modalidades “inward” u “outward” se corresponden patrones de activación emocional distintos, como han puesto de manifiesto recientes estudios de neuroimagen por medio de resonancia magnética funcional (RMNf), con mayor activación de la amígdala y de otras estructuras límbicas después de estímulos emocionales en sujetos “inward” en comparación con sujetos “outward” (Bertolino, Arciero y otros, 2005; Nardi, Fabri, Polonara y otros, 2007)<sup>1</sup>. Además, el estudio de Bertolino y otros ha evidenciado que la diferenciación entre “inward” y “outward” parece tener una base genética, como demuestran las variantes genéticas del transportador de la serotonina; en efecto, el alelo 5-HTTs parece predisponer a una mayor reactividad emocional, que muestran los sujetos “inward”, especialmente los “inward” con estructura controladora, frente al miedo (ver más adelante). En definitiva, una vez más, se halla evidencia de cómo los factores constitucionales pueden condicionar y orientar el comportamiento relacional, contribuyendo a la selección de las estrategias adaptativas más eficaces para obtener los cuidados y la atención de las figuras de apego.

Además, un proyecto piloto de realización de redes neuronales artificiales demuestra que las redes, análogamente a lo que hacen con algunos parámetros genéticos o biológicos, aprenden a discriminar como significativos también perfiles organizacionales “inward” y “outward”. Así, utilizando un algoritmo de red neuronal artificial, capaz de aprender las relaciones entre las variables de entrada y salida de un sistema—obtenidas de las respuestas al cuestionario de Picardi sobre las organizaciones de personalidad (2003), y de preguntas por psicoterapeutas

expertos– a través de ejemplos clínicos, es posible obtener un modelo fiable de funcionamiento de un sistema incluso sobre la base de pocos datos, y, en consecuencia, predecir de manera fiable la organización de significado personal de un caso y sus capacidades para manejarse. (Nardi, Piva, Principato y otros, 2007)<sup>2</sup>.

### **RECIPROCIDAD “INWARD”: PERFILES ORGANIZACIONALES “CONTROLADORES” Y “DESAPEGADOS”**

Como ya se ha señalado, los niños que evolucionan madurando un enfoque predominantemente “inward” tienden a expresar patrones de reciprocidad emocional constantes en las mismas situaciones y están orientados a percibir las novedades basándose en la activación experimentada frente a las propias capacidades de manejo. En efecto, la repetitividad de las actitudes parentales, memorizada en reiteradas situaciones vividas como seguras o peligrosas, protectoras o de abandono, permite decodificar precozmente las emociones básicas, especialmente, el miedo; la capacidad adquirida de reconocer las activaciones internas lleva a utilizarlas para leer la mayor o menor confiabilidad del ambiente, pudiendo regular en consecuencia la identificación de las referencias confiables y la propia tendencia a la exploración.

En tales casos, la *comunicación* se muestra *centrada*, sobre todo, en la *reciprocidad física*, en referencia a la percepción de la disponibilidad externa – cuidadora presente o ausente, cercana o lejana– y se sitúa, por lo tanto, a lo largo de un eje de proceso entre modalidades altas y bajas de reciprocidad física: con niveles elevados de reciprocidad, en términos de protección; con niveles bajos de reciprocidad, en términos de separación.

En el primer caso, la activación de miedo regula el alejamiento de las bases seguras y, en consecuencia, también los márgenes de libertad; en el segundo caso, es la evitación de la tristeza que orienta la búsqueda de autonomía y de las inversiones relacionales. Éstas son posibles cuando, después de tácitas y tranquilizadoras puestas a prueba, se ha comprobado que permanece una disponibilidad seria, responsable y no efímera por parte del otro para acompañar al sujeto en las necesidades contingentes y, más a largo plazo, en el difícil y comprometido camino de la vida. (Fig. 2).

En síntesis, esta directriz evolutiva primaria básica permite centrar el repertorio conductual sobre la medida en que el sujeto es protegido o solo, orientando en consecuencia el comportamiento exploratorio. Además, la directriz mencionada impulsó el desarrollo de dos competencias esenciales para la afirmación del *homo sapiens*: a) La construcción de la identidad individual a través de los iguales, matizando pertenencias y divergencias en referencia a los demás y entre distintos grupos, a fin de optimizar el control y la gestión de las adversidades y de los peligros; b) El manejo de la separación, no percibiéndola ya como una condición necesariamente negativa –soledad consecuenta a una pérdida real o simbólica– sino experi-



de autonomía, que se produce gracias a la capacidad de identificar y prevenir riesgos y peligros, permite refinar gradualmente las propias competencias y alejarse paulatinamente de las figuras de referencia, en que se deposita confianza, sin que eso signifique despegarse de ellas total y definitivamente. Éstas, como tales, en general, proporcionan seguridad y protección, pero, en algunos casos, pueden, a su vez, necesitar recibir seguridad y protección, por ejemplo, si se pelean, corriendo el riesgo de separarse, o si enferman, se muestran frágiles o no es posible confiar en ellas desde el punto de vista práctico. En tales situaciones la no separación ocurre al interno de un apego inverso en el que el hijo aporta prestaciones de tipo parental a cambio de mantener el vínculo y la proximidad. Con la aparición del pensamiento abstracto, a partir de la adolescencia, la identificación de las propias limitaciones y fragilidades permite desarrollar ulteriormente las competencias personales y la búsqueda de referencias, situaciones e instrumentos de confianza también fuera del ambiente familiar de origen, dando soporte y articulando de manera más compleja la construcción de la identidad personal.

En el otro extremo del eje, cuando se experimenta una condición habitual de separación, soledad e imposibilidad para recibir ayuda, se afinan las competencias necesarias para vivir haciendo referencia, principalmente, a uno mismo; la experiencia de separación y soledad proporciona, pues, un fuerte empuje a madurar precozmente las propias capacidades individuales, volitivas y cognitivas, tanto de naturaleza operativa como especulativa. El compromiso y la lucha contra los aspectos negativos de la experiencia estabilizan el sentido de sí mismo, volviendo más controlables el impacto con la realidad y permitiendo que el sujeto se perciba como alguien suficientemente válido y digno de ser querido desde el punto de vista relacional.

La aparición del pensamiento abstracto durante la adolescencia permite dar nuevos contenidos y objetivos a la realización personal; partiendo de los límites individuales, se intenta de todos modos afrontarlos y superarlos. A partir de la conciencia que toda persona puede hallarse o quedarse sola, y que los acontecimientos –los naturales en general, y, especialmente, los humanos– son de alguna manera imprevisibles, se descubre la fuerza para luchar y realizarse, a pesar de la inestimable fragilidad de todo aquello que existe. En consecuencia, cuando se llega a obtener las pruebas de que ésta existe, se abren escenarios adultos de intenso compromiso, en búsqueda de una solidaridad desencantada. Así, se crean las premisas para construir nuevos proyectos, en el plan operativo y profesional y en el afectivo.

En definitiva, justo por el hecho de que responde a necesidades concretas, el eje alejamientos-acercamientos inicialmente no requirió la utilización de las funciones lógico-verbales y proporcionó una estrategia adaptativa fundamental en los contextos protosociales, tanto como catalizador de los vínculos de grupo y de pertenencia, como para construir otros similares –se piense, por ejemplo, en los flujos migratorios, más o menos ritualizados, de muchos pueblos antiguos, como el



caso del “*ver sacrum*” de los antiguos Pícnos, que buscaban tierras nuevas siguiendo un pico, su animal totémico— y, por último, para afrontar situaciones de pérdida, soledad y desarraigo, para construir algo nuevo y, si es posible, mejor.

Por todo lo expuesto, el enfoque “inward”, basado en las activaciones y desactivaciones emocionales reguladas por la distancia de la figura de cuidado-apego, permite focalizar los procesos atencionales sobre las percepciones relacionadas con situaciones que se repiten, y se pueden, en consecuencia, prever y anticipar, que proporcionan al niño el sentido de la medida en que es protegido o solo, importante o no importante, apto para ser o no querido. La propia previsibilidad de la repetición de las actitudes de cuidado, tanto en los casos de fuerte presencia —cuando se pueden prever y anticipar— como en los casos de evidente ausencia —porque falta, se muestra despegada o es incapaz de dar el calor requerido— favorece la focalización precoz en las activaciones internas; éstas pueden estar vinculadas con el sentimiento de protección, en los contextos de alta reciprocidad, o con el de soledad, en los de baja reciprocidad. En todos estos casos, el niño orienta sus estrategias adaptativas hacia una lectura interna del contexto externo, sobre la base de las activaciones que experimenta en cada caso: si está tranquilo, el ambiente es seguro; si tiene miedo, hay peligro; si se siente solo, no hay nadie que le pueda ayudar o que le quiera.

Cuando la reciprocidad en términos físicos es elevada, el niño empieza a definir los contornos de su identidad personal sobre la base del control y de la regulación de la reciprocidad física en términos de protección: el alejamiento de la base que proporciona cuidados para explorar el entorno se percibe como algo posible en función de lo seguro que se siente, y, por ello, capaz de ejercer un control de la situación y del contexto en el que se halla. Estas condiciones pueden verificarse tanto de manera directa, cuando la figura de apego es realmente presente, como indirectamente, siendo alentado y tranquilizado. En ambos casos, cuando la reciprocidad física tiende a ser alta, se desarrollan *configuraciones organizacionales de tipo “controlador”*.

Cuando, al contrario, la reciprocidad física es fundamentalmente baja, el niño define su sentido de sí mismo sobre la base de sus capacidades para manejar la separación y el sentimiento de soledad que extrae como condición habitual en que acaba viviendo; en consecuencia, a partir de una menor alerta y disponibilidad de la ayuda, intenta de todas formas hallar respuestas adaptativas a sus necesidades. Una baja reciprocidad puede producirse cuando la base de cuidado-apego es percibida como frágil, incapaz o no disponible, y también cuando se muestra fría y lejana, o cuando falta. En tales casos se desarrollan *cierres organizacionales del tipo “desapegado”*.

En condiciones intermedias de reciprocidad, se pueden estructurar organizaciones controladoras que perciben las bases de referencia con aspectos contrastantes o con la posibilidad de sufrir cambios; por ejemplo, en los casos de una reciprocidad

bien conservada, se pueden dar situaciones en que las figuras protectoras cuidadoras se muestran frágiles en algún aspecto, por ejemplo, porque enferman, tienen problemas etc., o a riesgo de alejarse, por ejemplo, por conflictividad en la pareja. En el polo de la baja reciprocidad, se pueden observar cierres organizacionales del tipo *desapegado* que perciben la base de cuidado-apego como poco presente o inconsistente, dado que, aun siendo vivida como positiva, manifiesta su inadecuación para hacer frente a las necesidades del sujeto, es rechazada o despreciada por los demás o cambia en consecuencia a eventos negativos, como fracasos económicos o afectivos, etc.

Tanto en las organizaciones “inward” de tipo controlador como en las *desapegadas*, el sentido de sí mismo del niño puede definirse, en términos más o menos positivos o negativos, sobre la base de las actitudes y de las respuestas a las propias demandas. Dicho de otro modo, tanto los sujetos controladores como los *desapegados* pueden desarrollar un sentido de sí mismo bueno o malo según las señales obtenidas por el conjunto de escenas nucleares: por ejemplo, una relación de reciprocidad elevada puede permitir al niño sentirse capaz y seguro de sí mismo, apto para controlar y manejar las situaciones que afronta habitualmente, o frágil y necesitado de protección constante, pudiendo controlar escasamente las situaciones cotidianas de manera autónoma; de manera análoga, un niño que se desarrolla al interno de una relación con baja reciprocidad física, puede construir un buen sentido de sí mismo cuando experimenta que es capaz de salirse solo de las situaciones y que puede, asimismo, ser capaz de afrontar necesidades externas, con buenas capacidades para manejar la percepción de separación que experimenta como característica de la propia vida; al contrario, tendrá un sentido negativo de sí mismo, si la separación es percibida como consecuencia de una propia negatividad e incapacidad personal.

Tal y como se ha expuesto, a tales organizaciones “inward” pueden corresponder varios patrones de apego, no sólo seguros y organizados (B), o marcadamente inseguros y desorganizados (D), sino también evitantes defensivos (A), para los cuales la búsqueda de protección/libertad o de autonomía presenta más ventajas desde el punto de vista adaptativo cuando se lleva al cabo utilizando el canal cognitivo, bien con modalidades inhibidas, cuidadoras o complacientes, bien con amplios márgenes de autosuficiencia (éstas se observan sobre todo sujetos que empiezan a orientarse hacia una organización *desapegada*), o coercitivos resistentes (C), en los cuales la búsqueda de protección/libertad o de autonomía resulta más adaptativa desde la expresión emocional de tipo amenazador-encantador, desamparado o seductor (éstas se observan en los procesos de organización controladora y son escasamente representadas en las de tipo *desapegado*).



mismo, en términos de aceptación o rechazo, alta o baja aptitud para ser querido, valor o indignidad.

Este eje de proceso permitió aprovechar primariamente los recursos semánticos para mentalizar el mundo interno, creando representaciones del funcionamiento psíquico con un enfoque predominantemente “outward”. A este respecto, son las “neuronas espejo” las que proporcionan la posibilidad de comprender no sólo las acciones, sino, también, las intenciones, las activaciones emocionales y los pensamientos de los demás; éstas se activan tanto cuando actuamos o pensamos en primera persona, como cuando percibimos lo que hacen los demás (Rizzolatti y Sinigaglia, 2006).

A lo largo de este eje también surgen dos modalidades más de cierre organizacional, cada una de las cuales permite afrontar y, posiblemente, resolver, dos problemas fundamentales: en un extremo (Fig.3, hacia la izquierda del eje) el de captar y aprovechar las expectativas de los iguales con el fin de ser aceptados, apreciados, y de compartir con ellos; en el otro extremo (Fig.3, hacia la derecha del eje), aprovechar las enseñanzas recibidas en el curso de la maduración para iniciar y construir representaciones cada vez más adecuadas de uno mismo y del mundo, que superen las incertidumbres derivadas de las contradicciones y de los claroscuros de la realidad.

Esta directriz primaria evolutiva consiente, pues, el desarrollo procesal de la capacidad para percibir la comunicación a lo largo de un contínuum que puede ir, por un lado, de expresiones de variabilidad, escasa claridad y ambigüedad, y, por el otro, hacia modalidades caracterizadas por una clara identificación de los contrastes, de los aspectos ambivalentes y de los altibajos.

La posibilidad de captar el mundo interior del otro, desarrollada a lo largo de este eje, llevó a la aparición de dos tipos distintos de competencias: a) la de utilizar el juicio externo, anticipándolo si y cuando fuera posible, para construir itinerarios de éxito y actualizarlos cuando cambian con la transformación de las modas y de las tendencias; b) la de identificar teorías y modelos que expliquen de manera satisfactoria y clara la experiencia, ordenándola a partir del peso atribuible a los aspectos contradictorios y contrastantes que presenta.

En especial, un lenguaje cambiante, ambiguo, de márgenes esfumados, requiere una atención constante a los contextos perceptivos, con una consecuente variabilidad de los estados internos en función de lo que ocurre o podría ocurrir fuera. Por lo dicho, a un lado del eje, este enfoque producirá el surgimiento de actitudes estrechamente vinculadas al “contexto” de referencia, añadiendo la posibilidad de captar las mayores o menores ambigüedades de los sujetos con los que se entra en relación.

Al otro lado de este eje, cuando la realidad externa es percibida, al contrario, con toda la nitidez de los claroscuros y con la focalización en los contrastes, la lectura de la experiencia se polariza, identificando categorías abstractas bipolares

y antitéticas, como, por ejemplo, bien/mal, justo/equivocado, etc.; hace falta, entonces, aprender a identificar y escoger los aspectos con una connotación positiva y coherente, excluyendo las discrepantes y negativas. De esta manera, es posible construir nuevos horizontes cognoscitivos, suficientemente atendibles y certeros, dando forma a modelos existenciales y a representaciones de la realidad fenoménica más o menos creativos y sistematizados.

Cuando la reciprocidad comunicativa es elevada, el niño empieza a construir el sentido de sí mismo sobre la base de las señales que constantemente percibe por parte de una figura de cuidado-apego muy presente en términos positivos o negativos, actualizándolas en función de si éstas resultan confirmatorias o desconfirmatorias. En particular, en los contextos con alta reciprocidad, las señales constantes recibidas orientan las estrategias adaptativas con el fin de captar el conjunto de las confirmaciones o de las desconfirmaciones proporcionadas, y volviendo importantes la comprobación de los resultados obtenidos y las comparaciones actuadas.

Se estructuran, así, cierres organizacionales del tipo “contextualizado”, atentas a extraer en cada caso el sentido de sí mismo en función de las respuestas del entorno a los comportamientos exhibidos, y de la comparación con los demás.

El sentido de sí mismo, referido a las confirmaciones o desconfirmaciones recibidas, puede ser más o menos positivo o negativo, y orienta el comportamiento futuro, limitando o ampliando el horizonte de las propias expectativas hacia las metas percibidas como alcanzables. En este caso, también se puede observar como la formación del sentido de sí mismo, percibido en términos objetivos, presenta un marcado carácter subjetivo, y lleva a buscar o a evitar exposiciones al mundo externo y a anticipar éxitos o fracasos que posteriormente son referidos a uno mismo, justo sobre la base del autoconcepto positivo o negativo desarrollado.

Un buen sentido de sí mismo lleva a buscar confirmaciones donde se piensa que se puedan hallar y verificar, sobre la base de necesidades y valores; las desconfirmaciones son leídas como eventos posibles en la vida, que, a pesar de ser dolorosos, no afectan sustancialmente al valor personal.

En cambio, cuando los límites personales son marcadamente indefinidos y/o negativos, las eventuales confirmaciones se buscan de manera rígida, escasamente adaptativa y no integrada en la perspectiva de un proyecto, de manera que las desconfirmaciones se amplifican y la búsqueda o la añoranza de un objetivo confirmatorio puede convertirse en la meta de la existencia, sin que se valore la adecuación de tal objetivo frente a las necesidades personales, que no se perciben para nada, o sólo de manera confusa e insuficiente.

Cuando la reciprocidad comunicativa es baja, el niño percibe que la base de cuidado-apego –al mismo tiempo presente y *desapegada* desde el punto de vista emocional– proporciona sobre todo normas, criterios y directivas acerca de lo que debe o no debe hacer en el ámbito práctico, y, posteriormente, también en el ético.

Especialmente, en los contextos con baja reciprocidad la figura primaria de cuidado-apego resulta más atenta en un plan racional que en el empático, por lo que el niño orienta las estrategias adaptativas hacia la búsqueda de normas y modalidades comportamentales percibidas como útiles, y, por ello, válidas, para conseguir la aprobación y los cuidados. De esta manera, tiende a interiorizar estas normas como valores por medio de los cuales obtener las certezas necesarias a estabilizar el sentido de sí mismo y del mundo. Define, así, un universo de pensamientos y comportamientos positivos que hace falta buscar y reforzar, excluyendo, al mismo tiempo, las categorías de pensamientos y de comportamientos que le parecen negativos. La respuesta a las prescripciones media la reciprocidad en el ámbito emocional que se caracteriza por un marcado componente cognitivo de autoevaluación. Los criterios, las normas y los valores requeridos que parecen suficientemente ciertos y perseguibles se utilizan para construir una imagen atendible y coherente de sí mismo y del mundo, dando estabilidad a los contornos de la identidad personal y buscando modelos y teorías acerca de sí mismo y del mundo cada vez más complejos, integrados y generalizables.

De este modo, se generan y se definen *cierres organizacionales de tipo "normativo"* que, al contrario de las "contextualizadas", adoptan como parámetro de evaluación del propio comportamiento el compromiso antes que el resultado.

También en estas modalidades "outward" el sentido de sí mismo puede ser más o menos positivo, cuando se consigue expresar las propias capacidades y se alcanzan aquellas certidumbres y aquellos objetivos en línea con los criterios utilizados, o, al contrario, negativo, cuando no se alcanzan las certezas necesarias y se siente culpa: las dudas pueden entonces expresarse a través de bloqueos y rumiaciones, y todos los sectores de la experiencia pueden quedar teñidos negativamente. Además, en éstas configuraciones también pueden confluir varios patrones de apego, no sólo seguros y organizados (B), o marcadamente inseguros y desorganizados (D), sino también evitantes defensivos (A) (para los cuales la búsqueda de confirmaciones o de certezas muestra más ventajas desde el punto de vista adaptativo si se lleva al cabo utilizando el canal cognitivo, bien con modalidades inhibidas, cuidadoras, complacientes, bien con amplios márgenes de autosuficiencia); o coercitivos resistentes (C), en los cuales la búsqueda de las confirmaciones o de las certezas resulta más adaptativa desde la expresión emocional de tipo amenazador-encantador, desamparado o seductor.

Entre las configuraciones marcadamente "contextualizadas", con alta reciprocidad, y las altamente "normativas", con baja reciprocidad comunicativa, existen formas intermedias, caracterizadas por aspectos de una y otra, en sujetos con bases de referencia que piden la adherencia tanto a modelos contingentes que a reglas generales; en general, estas actitudes de cuidado se acompañan por características de variabilidad más o menos ambiguas, en el polo "contextualizado", y de ambivalencia –antitéticas– en el polo "normativo".



En todo caso, resulta evidente el significado adaptativo del desarrollo de las organizaciones de significado personal, dado que el cierre organizacional se produce a lo largo de esas directrices –inward/outward; reciprocidad comunicativa física o semántica alta/baja– que permiten extraer el máximo de proximidad y de seguridad posibles del contexto de vida y de sus respuestas a las demandas y a las necesidades del sujeto.

## **LA FUNCIÓN ADAPTATIVA DE LAS ORGANIZACIONES DE SIGNIFICADO PERSONAL**

Tal y como se ha argumentado en referencia a los ejes procesales de desarrollo, las configuraciones invariantes de las organizaciones de significado personal se definen como las modalidades que mejor responden a la exigencia de hallar respuestas adaptativas en el entorno en que se construyen las relaciones de reciprocidad. Ya hemos recalcado como este significado adaptativo, cuyas modalidades básicas de funcionamiento se estabilizan durante la adolescencia, y que, posteriormente, evoluciona a través de múltiples aperturas estructurales posibles, es la base del sentido de unicidad y de continuidad histórica que define los contornos de la identidad.

Toda organización, dado que justo representa una modalidad de desarrollo en función de las presiones percibidas por el entorno, tiene un valor adaptativo, permite afrontar y resolver numerosos problemas y proporciona una serie de potenciales y recursos. Por otro lado, para las mismas razones, puede presentar cierta fragilidad y descompensarse cuando los estímulos ambientales resultan perturbadores, de tal manera que ya no se pueden integrar con continuidad en el sentido de sí mismo actual.

Por todo ello, una percepción más o menos positiva de sí mismo y del mundo, con una lectura del propio pasado y del futuro consecuente, no depende del tipo de cierre organizacional y, en consecuencia, del tipo de organización, sino más bien de las fragilidades constitucionales y de los recorridos emprendidos por el sujeto al interno de un marco organizacional determinado, asimilando la experiencia y los mensajes externos y transformándolos activamente en sentido de sí mismo.

Teniendo presentes las rutas que, a lo largo de los ejes de desarrollo, llevan a los diferentes cierres organizacionales, en este capítulo se describen las principales características adaptativas de cada organización.

### ***1. Organizaciones Controladoras***

Como ya hemos tenido ocasión de exponer, las *organizaciones controladoras* maduran a través de un enfoque predominantemente “*inward*”, al interno de un contexto de apego con *alta reciprocidad*, percibida en términos fundamentalmente físicos de distancia, disponibilidad y protección. El cierre organizacional se centra, pues, en el control de la peligrosidad de la experiencia y de la confianza depositada

en las referencias externas halladas. La estrategia adaptativa es la de construir la identidad y el significado personal a través de la regulación de la distancia de las figuras y de los contextos de referencia, afinando pertenencias y divergencias con respecto de los demás y entre grupo y grupo, con el fin de controlar y manejar las adversidades y los peligros, y para definir consecuentemente los ámbitos de seguridad y de bienestar personales, relacionales y operativos. Por lo tanto, los individuos con una organización controladora presentan, en su sistema emocional, activaciones y tonos subjetivos como la tranquilidad y el valor, en contextos percibidos como seguros, que se transforman en angustia y miedo, hasta pánico, en caso de peligro y falta de control, con crisis súbitas que en ocasiones pueden remitir, pero que, a veces, llegan a producir descompensaciones psicopatológicas. El sistema cognitivo está fundamentalmente orientado hacia la vertiente aplicativa: en estos sujetos se manifiesta una mentalidad concreta, con una mayor aptitud para la aplicación práctica de técnicas y metodologías que para las especulaciones teóricas puras.

La lectura de la experiencia que se deriva de ello, con su inmediatez de senso-percepciones, imágenes y tonos subjetivos, se centra en una descodificación desde una óptica de seguridad o de peligro, sobre la base de la cual se deduce el control de la situación, y, en consecuencia, cuánto se puede confiar en el contexto en que se está. La necesidad de identificar y mantener una proximidad, inicialmente física, y, sucesivamente, también abstracta, hacia figuras y contextos percibidos de confianza, constituye el sistema básico que permite desarrollar los proyectos de vida, gestionando la regulación entre apego y comportamiento exploratorio, que quedan interdependientes. La seguridad y la confianza derivados del calor emocional recibido por las figuras de referencia permiten ampliar gradualmente el propio radio de acción, explorando entornos desconocidos, adquiriendo nuevas competencias y convirtiéndose, en primera persona, en una base de referencia de confianza para los demás.

En el curso de la maduración adolescente, la emergencia de las capacidades de abstracción consiente interiorizar la experiencia inmediata de seguridad o de peligro advertida frente a los cambios críticos de la propia eficiencia física o de los escenarios relacionales que se producen en esta etapa de vida. Los tonos emocionales de base, especialmente el miedo, se integran y se manejan por medio de contenidos cognitivos más complejos y articulados, de manera que se permite una búsqueda de nuevos proyectos y actividades, como las deportivas, las musicales, las relacionales, etc. A veces, se pueden activar precozmente inversiones relacionales e incluso afectivas que garantizan protección y libertad, que luego se verifican poniéndolas tácitamente a prueba. Otras veces, en cambio, la búsqueda de nuevos horizontes para expresar las propias capacidades operativas empuja a no actuar inversiones afectivas estables precoces y a alejarse del ámbito familiar; éste, sin embargo, aunque se vive lejos o al extranjero, sigue siendo un punto de referencia, al cual, tarde o temprano, se tiende a volver.

En todo caso, en los itinerarios del desarrollo fisiológico, se despliega progresivamente la capacidad para asimilar las novedades sin traumas y para compartir con las figuras significativas los propios descubrimientos y los resultados obtenidos, pasando de compartir una dimensión exquisitamente física a un estilo relacional más maduro, abierto a la esfera emocional, además de una mayor flexibilidad frente a las opiniones y las elecciones de vida.

## **2. Organizaciones desapegadas**

Las organizaciones *desapegadas* también maduran a través de una lectura predominantemente “inward”, pero al interno de un contexto de apego caracterizado por una baja reciprocidad física (separación). El cierre organizacional se basa, entonces, en el control de la soledad, de los límites y de la finitud de la experiencia. La estrategia adaptativa es la de construir la identidad y el significado personal saliendo de una vivencia de separación y de soledad, no percibiéndola como una condición necesariamente negativa, consecuente a una pérdida, real o simbólica, o a un constante sentimiento de ser rechazado o discriminado, sino captándola como un recurso personal para afirmarse y para actuar elecciones constructivas, aprendiendo, cuando es preciso, a cuidar también los demás y a afinar las propias competencias para afrontar las dificultades y las adversidades de la existencia.

Estos sujetos se acostumbran a confrontarse precozmente con situaciones de aislamiento, de soledad y de imposibilidad de ser ayudados, en consecuencia a situaciones de separación, pérdida, frialdad o falta de confiabilidad de las bases de referencia, eventos que determinan un empuje adaptativo, igual de precoz, hacia la autogestión y la autodeterminación. De todo ello deriva que la base emocional predominante está constituida por serenidad o tristeza, pero también por rabia en el caso de situaciones mal toleradas. Los procesos cognitivos también se sitúan en el polo opuesto que en los sujetos controladores, siendo estos individuos operativos pero abstractos.

La lectura de la experiencia que se deriva de ello, con su inmediatez de senso-percepciones, imágenes y tonos subjetivos, se centra en una descodificación desde la óptica de estar aislado o de compartir, sobre la base de la cual se recaba el sentimiento de soledad y, en consecuencia, cuánto se debe contar exclusivamente en las propias fuerzas y capacidades y en la propia determinación. Es justo la experiencia de salir de un vínculo negativo de separación, soledad y pérdida, que produce un sentido de parcial y nunca definitiva accesibilidad y manejabilidad de la realidad, la que genera modalidades adaptativas que permiten generar estrategias autónomas y creativas y perseguir los objetivos establecidos, para luego superarlos hacia metas ulteriores.

En el curso de la maduración adolescente, el intento de superar el estado de precariedad y de distancia, percibido frecuentemente en esta fase de la vida, a menudo relacionado con los cambios críticos experimentados, puede empujar a

invertir en primera persona tanto en el área académica, en previsión de aperturas profesionales y laborales futuras, como en el área afectiva. Sobre todo en este ámbito, el control de las activaciones de tristeza y dolor existencial lleva a poner a prueba y a verificar las propias inversiones, apostando por la solidaridad que se puede compartir con el otro, aun viviendo en un mundo en que todo resulta esencialmente precario, transitorio y efímero, además de escasamente accesible a la empatía.

De esta manera, en los recorridos adaptativos que se despliegan a partir de la adolescencia se pueden identificar temas de vida en los cuales, a través del compromiso personal y a pesar de la conciencia de los límites y de los riesgos de la existencia, se buscan y se construyen proyectos laborales y afectivos originales y personalizados, en los cuales creer y para los cuales vale la pena arriesgarse e invertir (Guidano, 1987; Nardi, 2001, 2004).

### **3. Organizaciones Contextualizadas**

Las *organizaciones contextualizadas* maduran a través de un enfoque predominantemente “*outward*”, al interno de un contexto de apego con *alta reciprocidad*, percibida en términos esencialmente “*semánticos*” (confirmaciones/desconfirmaciones). El cierre organizacional está constituido por el control de las confirmaciones o de las desconfirmaciones obtenidas de la experiencia, con un énfasis acusado sobre los resultados obtenidos o que se pueden conseguir.

La estrategia adaptativa es la de desarrollar la competencia para utilizar la aprobación presente en los juicios externos, incluso previéndola y anticipándola, si y cuando ésto es posible, para construir itinerarios de éxito y para actualizarlos cuando éstos cambian con el cambio de las modas y de las tendencias.

La base emocional preponderante en este estilo de personalidad se caracteriza por satisfacción, orgullo y fiereza en el ámbito de contextos confirmantes y sintónicos, pero también por vergüenza, sentimiento de inadecuación o de culpa en contextos desconfirmantes y discrepantes. La configuración cognitiva es abstracta, atenta al “aquí y ahora”, centrada en los juicios procedentes del exterior y, por ello, constantemente puesta al día sobre la base de la evolución de las situaciones.

La lectura de la experiencia que se deriva de ello, con su inmediatez de senso-percepciones, imágenes y tonos subjetivos, se centra en una descodificación de la realidad desde la óptica de recibir confirmación o desconfirmación; sobre esta base se deduce el valor personal y la adecuación de las propias elecciones, en las áreas estética, física, profesional y relacional, a partir de los juicios externos o de las comparaciones con los demás. Modalidades equilibradas de apego permiten conseguir una buena identificación emocional y cognitiva con las figuras parentales logrando, al mismo tiempo, diferenciarse de ellas y comportarse análogamente también con las relaciones extra-familiares posteriores, con profesores, coetáneos, amigos, parejas, compañeros de trabajo. Como ha subrayado Guidano (1987),

reconocer el estado emocional de una figura significativa es una condición necesaria para descodificar la misma tonalidad emotiva al experimentarla en el caso de un enfoque “outward”, pero, por otro lado, hace falta que el sujeto aprenda a distinguir el propio sí mismo de la fuente de la identificación. Sólo de este modo, en efecto, es posible construir de manera adaptativa la propia identidad, manteniendo un equilibrio dinámico entre la tendencia hacia fuera y la tendencia hacia dentro; análogamente, en el curso de la maduración se puede aprender a seleccionar y a evaluar de manera cada vez más dúctil, abstracta y crítica las confirmaciones y las desconfirmaciones recibidas por el entorno, construyendo proyectos de vida adecuados a las necesidades internas.

En el curso de la maduración adolescente, la interiorización de las confirmaciones recibidas permite construir un buen sentido de sí mismo e invertir en los ámbitos en que se reconocen capacidades y dotes. Además, si los procesos de apego no han sido condicionados por modalidades excesivamente intrusivas, caracterizadas por la anticipación y la redefinición de las necesidades personales, es posible desmarcarse de los otros de manera satisfactoria, permitiendo que emerja el mundo interno.

De este modo, se hace posible identificar las metas futuras que se perciben como adecuadas a los propios medios, además de invertir en figuras que resultan confirmatorias en la experiencia inmediata.

Por todo ello, en los itinerarios de desarrollo positivo, la búsqueda de confirmaciones se vuelve una modalidad adaptativa con la cual el sujeto localiza y selecciona activamente los propios objetivos sobre los que invertir y de los que recibir, a su vez, ulteriores confirmaciones. En estos casos, las eventuales desconfirmaciones pueden ser leídas y referidas a uno mismo como acontecimientos negativos que disgustan, pero que sólo comprometen el equilibrio interior de manera transitoria; estas desconfirmaciones pueden ser superadas por la puesta a punto de estrategias más eficaces para alcanzar las metas establecidas, o a través de la búsqueda de nuevos objetivos, más conformes al propio modo de ser.

#### **4. Organizaciones Normativas**

Las *organizaciones normativas* también maduran a través de un enfoque predominantemente «outward», pero dentro de un contexto de apego a *baja reciprocidad*, percibida en términos esencialmente *semánticos* (normas, certezas). El cierre organizacional se construye sobre el sentido del deber y del compromiso más que sobre los resultados, como ocurre en los contextualizados. La estrategia adaptativa es proceder a partir de los principios, hechos propios para poder acceder a la aprobación parental a lo largo de los procesos de apego, para buscar teorías y modelos que expliquen de manera satisfactoria, clara y cierta la experiencia, reordenándola con tal de superar sus aspectos contradictorios, antitéticos y contrastantes.

La base emocional predominante se caracteriza por la gestión cognitiva de las emociones, que son explicadas y justificadas de manera que no parezcan expresión de debilidad y no resulten, por lo tanto, desestabilizadoras. En consecuencia, los procesos cognitivos son marcadamente lógico-analíticos, atentos a los detalles, a las polaridades antitéticas de la vida –por ejemplo, si se es dignos de ser queridos, justos, buenos, válidos– y, por lo tanto, a cómo elaborar una visión integrada de la vida. Las capacidades de tipo lógico-analítico, facilitadas por la integración de sistemas neuronales operativo-funcionales más o menos esparcidos, permiten, en efecto, aprovechar en el ámbito meta-cognitivo tanto la tendencia del cerebro a buscar la integridad, completando las lagunas en el campo perceptivo, como el hecho de hacer generalizaciones (Edelman 2004). Emerge, de este modo, la habilidad de construir modelos cada vez más complejos y exhaustivos de la realidad, capaces de explicarnos los aspectos encontrados que la caracterizan.

La lectura de la experiencia que se deriva de ello, con su inmediatez de senso-percepciones, imágenes y tonos subjetivos, se centra en una lectura desde la óptica de la certeza, la justicia y la tendencia a la perfección, de la cual se desprende el sentido de las propias elecciones y orientaciones, tanto personales, afectivas, laborales, especulativas y éticas, como relacionales. La posibilidad de ordenar y de explicar de manera satisfactoria la presencia de aspectos antitéticos permite estabilizar el propio orden emocional y construir la propia identidad en términos de aceptabilidad y valor, sintiendo que se ejerce control sobre la experiencia cuando parece fiable y cierta en relación a las necesidades éticas y de perfección percibida.

Si en la infancia la adhesión a las demandas y a los criterios requeridos para obtener la aprobación de las figuras de referencia constituye el único camino practicable para acceder a la afectividad parental, aunque siempre muy escasa y controlada, en el curso de la maduración juvenil el conjunto de normas y valores adquirido es interiorizado en forma de estrategias activas personales, que estabiliza y ofrece certeza frente a los nuevos escenarios abiertos. Por un lado, tales estrategias permiten identificar las elecciones de vida que muestran acuerdo con los principios personales y con las inversiones afectivas sobre las que verter la necesidad personal de positividad y de certeza. Por otro lado, percibir el recorrido de la experiencia como un camino difícil, donde cuenta el esfuerzo y durante el cual no siempre se consiguen resultados positivos, permite superar crisis, dudas e inseguridades, apuntando a construir, por lo posible, una realización profesional y afectiva que responde a las necesidades experimentadas.

Esta estrategia cognoscitiva puede, pues, hallar un punto resolutivo cuando se es adolescentes, al descubrirse protagonistas activos de la propia experiencia y al planear objetivos y misiones consideradas importantes; de tal manera, se refuerza el sentido de unidad y autenticidad del sí mismo, que puede ser, en cambio, puesto en crisis por las contradicciones y los contrastes inevitablemente percibidos en la realidad.



## 5. Organizaciones “Mixtas”

Finalmente, queda por aclarar la evidencia clínica de los sujetos que muestran aspectos que hacen pensar a la existencia de “organizaciones mixtas”. En realidad, las organizaciones marcadamente “puras” son numéricamente poco consistentes, por lo que las mixtas son cuantitativamente relevantes, y se pueden comprender teniendo en cuenta dos aspectos (Nardi, 2005ab, 2007).

En primer lugar, a lo largo de cada eje de desarrollo, el cierre organizacional puede verificarse más hacia un extremo o hacia el centro. Obviamente, cuanto más el cierre se produce hacia un extremo, tanto más la organización resultará “pura” y evidente; cuanto más se acercará al centro, tanto más se podrán apreciar algunos aspectos del polo “opuesto” al lado de las características salientes del polo en que tiene lugar el cierre a lo largo de ese determinado eje: esto sirve tanto para el eje de la previsibilidad con enfoque “inward-outward” como para los referidos a la comunicación física o semántica, alta o baja.

En todo caso, no hay que olvidar que, en todo sujeto, el cierre organizacional ocurre al interno de una organización de significado personal principal y predominante, tanto por lo que concierne las modalidades peculiares de activación emocional, como por las de reordenación de la experiencia.

## CONCLUSIONES

En definitiva, en el seno de una misma OSP, que resulta de los ejes primarios de apego con modalidades de proceso invariables, pueden existir infinitas modalidades evolutivas de apertura estructural, identificadas por directrices secundarias de desarrollo, por lo que todo sujeto expresa una serie de competencias más o menos adaptativas, en el contínuum entre normalidad y patología. Por un lado, existe una homogeneidad relacionada con la coherencia de los procesos de desarrollo que llevan a un cierre organizacional básico específico, de tipo controlador, *desapegado*, contextualizado o normativo; por el otro, se observa una multiplicidad de dinámicas evolutivas que forman la base para las capacidades adaptativas de apertura estructural durante el ciclo de vida y que pueden ser más o menos flexibles, abstractas y auto-integradas. A través de la constante focalización por contraste, procedente de la comparación entre el flujo continuo de la experiencia y los esquemas ideo-afectivos memorizados, que fungen de entramado de referencia para la coherencia interna y los contornos de la identidad personal, cada sujeto articula de manera específica e irreplicable, pero también homogénea y global, el propio sentido de sí mismo. De esta manera, puede compartir los aspectos básicos de funcionamiento con aquellas personas que presentan el mismo cierre organizacional, disponiendo, además, de aperturas estructurales propias y peculiares, en un proceso de cambio constante a lo largo del ciclo vital, que le convierten en una persona totalmente única e irreplicable.

*A partir de los estudios de Guidano, durante estos años he investigado acerca de la función fisiológica adaptativa de las organizaciones de significado personal. La reciprocidad con las figuras primarias de cuidado-apego, en efecto, orienta los recursos adaptativos individuales hacia la construcción de la organización de significado (OSP) más útil para con el ambiente en el cual el sujeto madura. Actitudes de cuidado-apego vividas como previsibles e invariables favorecen el enfoque desde dentro ("inward") y una lectura física de la reciprocidad: cuando ésta es alta, se desarrollan OSP controladoras, cuando es baja, OSP desapegadas. El cierre organizacional "controlador" se centra en las necesidades de protección/exploración; la "desapegada" en las necesidades de expresarse en contextos de aislamiento. Actitudes poco previsibles y variables favorecen un enfoque desde fuera ("outward") y una lectura semántica de la reciprocidad; cuando ésta es alta, se desarrollan OSP contextualizadas, cuando es baja, OSP normativas. El cierre "contextualizado" se centra en la lectura de cada uno de los cambios del contexto relacional, la "normativa" en la categorización de los aspectos contrastantes de la realidad. En psicoterapia, la identificación de la OSP permite captar y activar los recursos adaptativos individuales, ampliando la capacidad para asimilar emociones perturbadoras y la puesta en marcha de estrategias comportamentales más flexibles.*

Palabras clave: *reciprocidad, adaptación, Organizaciones de Significado Personal.*

Traducción: Maria Monini

## Notas

- 1 Nuestra investigación preveía la presentación de imágenes de rostros con expresión de rabia, alegría o indiferencia tanto de individuos extraños como del sujeto que realizaba el ensayo (estudio de la activación en tercera y primera persona) y supuso la participación de neuroradiólogos (Gabriele Polonara, Ugo Salvolini), fisiólogos (Mara Fabri, Giulia Mascioli, Tullio Manzoni) y de psiquiatras (Bernardo Nardi, Ilaria Capecci, Marco Brandoni, Gianfranco y David Rocchetti)(Ver Nardi, Brandoni y Capecci coord., 2007).
- 2 La investigación ha sido llevada al cabo por nuestro grupo (Bernardo Nardi, Ilaria Capecci, Gianni Castellucci) en colaboración con el Instituto de Biología y Genética de la Universidad Politécnica de Las Marcas (Giovanni B. Principato, director, Francesco Piva, ingeniero informático) (ver en Nardi, Brandoni y Capecci coord., 2007).

## Referencias bibliográficas

- AINSWORTH M.D.S.: (1985). Patterns of infants-mother attachment: Antecedents and effects on development. *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, 61, 771-791.
- ARCIERO G.: (2003). *Studi e Dialoghi sull'Identità Personale: Riflessioni sull'Esperienza Umana*. Bollati Boribghieri, Torino.
- ARCIERO G. (2006). *Sulle Tracce di Sé*. Bollati Boringhieri.

- BERTOLINO A., ARCIERO G., RUBINO V., LATORRE V., DECANDIA M., MAZZOLA V., BLASI G., CAFORIO G., HARIRI A., KOLACHANA B., NARDINI M., WEINBERGER D.R., SCARABINO T. (2005). Variation of human amygdala response during threatening stimuli as a function of 65'HTTLPR genotype and personality style. *Biological Psychiatry*, 57, 1517-1525.
- BOWLBY J. (1969). *Attachment and Loss*. Hogarth Press, London (3 Vol.).
- CRITTENDEN P.M. (1992). Quality of attachment in the preschool years. *Review of Psychopathology*, 4, 209-241.
- CRITTENDEN P.M. (1994). *Nuove Prospettive sull'Attaccamento. Teoria e Pratica in Famiglie ad alto Rischio*. Guerini, Milano.
- CRITTENDEN P.M. (1997). *Pericolo, Sviluppo e Adattamento*. Masson, Milano.
- DAMASIO A.R. (1999). The Feeling of What Happens. Body and Emotion in the Making of Consciousness.
- EDELMAN G.M. (2004). *Più Grande del Cielo. Lo Straordinario Dono fenomenico della Coscienza*. Einaudi, Torino,.
- EKMAN P. (2003). *Emotions Revealed*. Times Books, New York; Weidenfeld & Nicolson, London.
- GUIDANO V.F. (1987). *Complexity of the Self*. Guilford, New York.
- GUIDANO V.F. (1991). *The Self in Progress*. Guilford, New York.
- GUIDANO V.F. (1999). Appunti inediti da un Training di Psicoterapia Cognitiva Post-Razionalista. Roma.
- GUIDANO V.F. (2000). Orientamenti razionalisti e non razionalisti nella psicoterapia cognitiva. In: Nardi B. (Ed.), *Vittorio Guidano e l'Origine del Cognitivismo Sistemico processuale*. Accademia dei Cognitivi della Marca, Ancona,.
- MATURANA H., VARELA F. (1980). *Autopoiesis and Cognition. The Realization of the Living*. Reidel, Dordrecht.
- MATURANA H., VARELA F. (1987). *The Tree of Knowledge*. Shambhala, Boston.
- MONOD J.: ZUFALL UND NOTWENDIGKEIT (1971, 1973). *Philosophische Fragen der Modernen Biologie*. Piper, München.
- NARDI B. (Ed.) (2000). Vittorio Guidano e l'Origine del Cognitivismo Sistemico Processuale. *Atti del II Convegno di Psicopatologia Post-Razionalista. Accademia dei Cognitivi della Marca, Ancona*.
- NARDI B. (2001-2003) *Processi Psicici e Psicopatologia nell'Approccio Cognitivo. Nuove Prospettive in Psicologia e in Psichiatria Clinica*. Franco Angeli, Milano.
- NARDI B. (2004) La depresión adolescente. *Psicoperspectivas (Chile)*, 3, 95-127.
- NARDI B. (2005a.) Valenze adattive dello sviluppo delle organizzazioni di significato personale. *Quaderni di Psicoterapia Cognitiva*, 16 (8/1), 30-47.
- NARDI B. (2005b). Ruolo dei processi filogenetici ed ontogenetici nello sviluppo delle organizzazioni di significato personale. In: Nardi B., Brandoni M., Capecci I. (Eds.), *Approccio all'Adolescente Difficile*. Atti del VI Convegno di Psicopatologia Post-Razionalista, pp. 85-101. Università Politecnica delle Marche in collaborazione con Accademia dei Cognitivi della Marca. Quaderni Asur Marche, Ancona.
- NARDI B. (2007). *CostruirSi. Sviluppo e Adattamento del Sé nella Normalità e nella Patologia*. Franco Angeli, Milano.
- NARDI B., BRANDONI M., CAPECCI I. (Eds.) (2005) *Approccio all'Adolescente Difficile*. Atti del VI Convegno di Psicopatologia Post-Razionalista. Università Politecnica delle Marche in collaborazione con Accademia dei Cognitivi della Marca. Quaderni Asur Marche, Ancona.
- NARDI B., BRANDONI M., CAPECCI I. (Eds.) (2007). *L'Umore e i suoi Disturbi*. Atti dell'VIII Convegno di Psicopatologia Post-Razionalista. Accademia dei Cognitivi della Marca.
- REZZONICO G., LAMBRUSCHI F. (Eds.) (1996). *La Terapia Cognitiva nel Servizio Pubblico*. Franco Angeli, Milano.
- RIZZOLATTI G., SINIGAGLIA C. (2006). *So Quel che Fai*. Raffaello Cortina, Milano.